

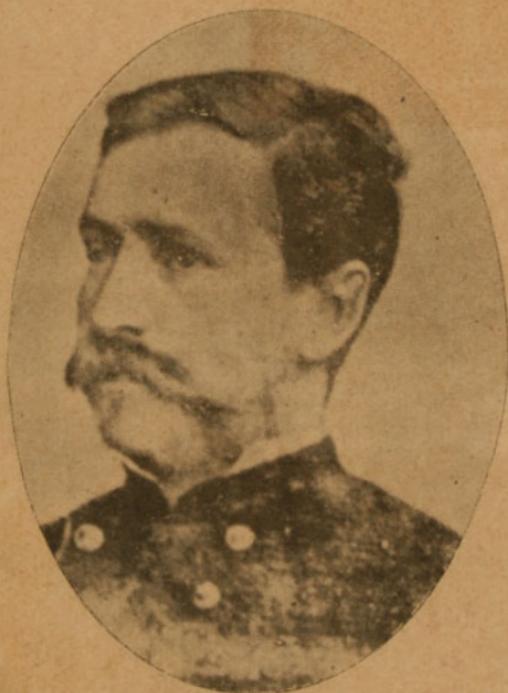
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

SANGRA



LA JORNADA HERÓICA

(26 DE JUNIO DE 1881)



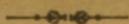
SU HÉROE

Capitan D. JOSÉ LUIS ARANEDA

SANTIAGO DE CHILE.—1915

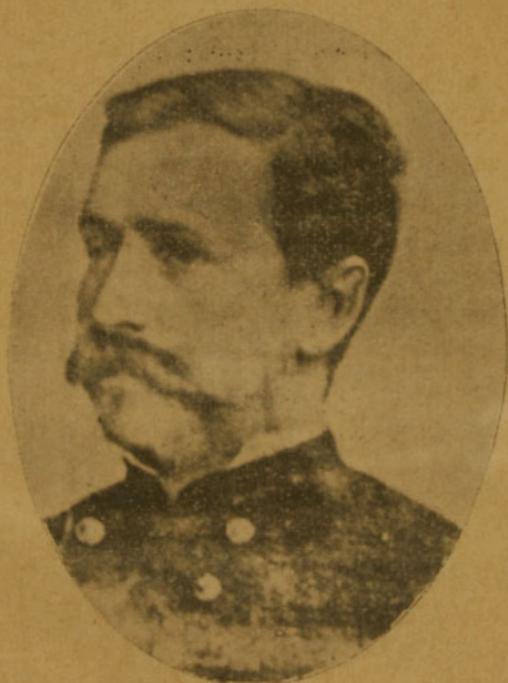
BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

SANGRA



LA JORNADA HERÓICA

(26 DE JUNIO DE 1881)



SU HÉROE

Capitán D. JOSÉ LUIS ARANEDA

SANTIAGO DE CHILE.—1915

044177



LEONIDAS A. LAGUNAS M.

Editor

Santiago.—Casilla 421

UNA PALABRA DEL EDITOR

DEDICATORIA

El artículo que contiene este folleto, pertenece al ilustre historiador, gloria de las letras chilenas, don Benjamin Vicuña Mackenna.

Esta edición, que obedece a un sentimiento de patriotismo, se publica en el 34.º aniversario de la memorable i gloriosa acción de Sangra, que es la página mas brillante de la historia del Regimiento de Infantería Buin N.º 1 i que en todos los tiempos debe llenar de orgullo a los que militan en sus filas.

Si es obra de patriotismo hacer revivir los hechos culminantes de nuestra historia, para levantar i mantener latente el espíritu patriótico que vigoriza i fortalece los caracteres mejor templados en la íntima convicción de los deberes ciudadanos; si ello contribuye a educar el carácter, a difundir el ejemplo i a despertar la idea de justicia en nuestros soldados; i si, en fin, la palabra escrita—en este caso la voz edificante de la historia—es la mejor enseñanza para

poner de relieve el valor i el patriotismo de los hombres que se han sacrificado abnegadamente en servicio de la patria, he aquí explicado el objeto de la presente edicion de este folleto.

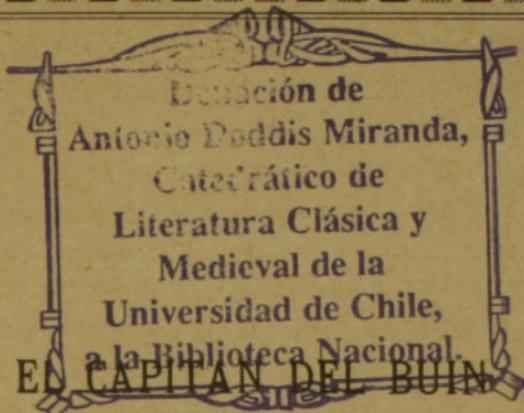
Como un recuerdo i en homenaje al aniversario de Sangra, dedico esta edicion, respetuosamente, a los señores Jefes i Oficiales del Regimiento de Infanteria Buin N.º 1: Comandante, don Arturo Moreira Benavente; Mayores, don Washington Montero i don Alejandro Ossandon V.; Capitan Ayudante, don Carlos R. Dinator; Comandantes de Compañias, Capitanes, don Floridor Concha, don Guillermo Besoain, don Pedro Alvarez S., don Jorge Ramirez i don Rafael Bianchi; Tenientes 1.º, don Octavio von Chrismar i don Ramon Torres; Contador, don José Maria Hurtado i a la entusiasta i distinguida oficialidad del Regimiento.

L. A. Lagunas M.

Editor

26 de Junio de 1915





Donación de
Antonio Daddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

EL CAPITAN DEL BUIN

DON JOSÉ LUIS ARANEDA

EL HÉROE DE SANGRA



El diario la *Situación* de Lima, en un artículo editorial que publicó cuatro días después del combate de Sangra, con fecha 30 de Junio de 1881, decía lo siguiente:

«Dignos i merecidos elogios se hacen del heroico comportamiento del capitán Araneda, que sólo con trece hombres hizo una esforzada resistencia en el interior de una casa, como asimismo de los demás oficiales que combatieron bajo sus órdenes, i de la brava tropa del veterano Buin.

«Una vez más este glorioso regimiento da pruebas de su aguerrido valor i disciplina en cualquier encuentro o combate, aunque tenga que empeñar sus armas con las traidoras i embozadas fuerzas que quieren levantarnos los montone-

ros. El castigo que ahora han recibido de un puñado de valientes, les servirá de escarmiento. ¡Honor al capitán Araneda i los suyos en esta brillante jornada».

I

En medio de las sombrías páginas que algún día recordarán la era triste i estéril que se ha llamado la «ocupacion de Lima», negacion absoluta del jenio de Chile, de sus tradiciones i de su gloria, habrá de encontrar la posteridad vengadora siquiera un episodio que levante nuestro nombre de soldados a la altura de su preclara fama.

I ese episodio reparador de tantas flaquezas i de tantos errores, arrastrados, como el cortejo de los triunfos antiguos, tras el carro de esplendísimas victorias, será el combate bajo todos títulos heróico, sostenido en el caserío montañoso de Sangra por 52 *buines* contra seiscientos o setecientos peruanos: uno contra quince.

Por esto, junto con la arrogante efijie del caudillo de tan señalada hazaña, vamos a bosquejar por la primera vez en nuestros anales página tan brillante como poco conocida.

II

Era el corazón del invierno en la frígida sierra del Perú. La fantástica espedicion Letelier (1), descendía como de las nubes con su botín real i sus mara-

(1) Coronel don Ambrosio Letelier.

villosos boletines imaginarios hácia la quebrada del Rimac, que comienza propiamente en Chicla, último asiento de los rieles, i va a desembocar, a tiro de piedra en la plaza principal de Lima, en la estacion de los Desamparados.

Hostilizada aquella columna de cerca por los montoneros del coronel Cáceres (1), que picaban su retaguardia, era preciso proteger sus flancos, guardando las quebradas laterales que de diversos cordones de la sierra conducen al tortuoso valle i cauce del rio que sustenta a Lima.

III

Para este objeto existia apostada una fuerza de consideracion en Casapalca, aldea situada unas pocas leguas mas al interior de Chicla, término oriental del ferrocarril.

El jóven comandante don Virjinio Méndez, antiguo alumno de la Academia i oficial de esperanzas, mandaba esa guarnicion compuesta de diferentes destacamentos del ejército.

Entre los últimos se contaba una compañía del Buin que mandaba el capitan don José Luis Aranceda, i ésta fué elejida para cubrir el flanco derecho de la línea de retirada de Letelier, tomando la entrada del camino de Canta que se abre paso hácia el Rimac en el lugarejo denominado Cuevas, siete u ocho leguas mas hácia el interior de Casapalca.

(1) Cáceres, uno de los jefes peruanos derrotado en Chorrillos i Miraflores, acaudillaba cerca de 5,000 montoneros, indios i cholos de las sierras que no conocian ni Dios ni lei.—N. del E.

Cuevas, que no pasa de ser un abandonado injenio de minas, con dos miserables ranchos por albergue, yace mas o ménos equidistante de Canta i de Chicla, i es por consiguiente una importante posicion estratéjica.

Letelier podia ser asaltado, en su desfile por aquellas ásperas gargantas, mediante un ataque de flanco, sumamente peligroso, i esta consideracion determinó la inmediata salida de la compañía que comandaba el capitan Araneda en Casapalca, para ganar por la mano a los guerrilleros de Canta, si osaban salir de su madriguera.

IV

Sabíase vagamente que ahí existía un batallon de línea, organizado con los dispersos i las armas de los derrotados de Enero (1) i unas cuantas guerrillas de montoneros que obedecian al coronel Vento, propietario rico i hombre animoso, aunque ya anciano, mui popular en aquellas comarcas.

El coronel Vento era dueño del injenio de Cuevas i de la hacienda inmediata de Sangra, cuyas pajizas casas distan del camino real de Lima a Junin, internándose hácia el norte, es decir hácia Canta, sólo ocho o diez cuadras.

V

Púsose en marcha el capitan Araneda con sus setenta i nueve *buines* al amanecer del Domingo 19

(1) 13 i 15 de Enero de 1881, batallas de Chorrillos i Miraflores, que dieron el triunfo a las armas chilenas i abrieron las puertas de la capital del Perú.—N. del E.

de Junio, arreando delante de su pequeña columna unos cuantos bueyes i unas pocas cargas de papas, destinadas a su subsistencia, miéntras descendía la expedicion Letelier, cargada sino de trofeos de guerra, de recursos de botin. El capitan Araneda debia vivir, en el intervalo, de sí mismo; i al tiempo de ponerse en marcha mui de madrugada en el dia mencionado, el comandante Méndez, que conocia aquellos lugares, le habia escrito militarmente en el puño de su camisa, a manera de memorandum yankee, los nombres de algunos parajes circunvecinos, donde, en caso de apremio, podia encontrar víveres i ganado.

El capitan Araneda es un soldado cabal, porque es tan bravo como precavido, i se preocupó de llevar unos cuantos voladores de luces para hacer señales de socorro o de alarma a los destacamentos que quedaban esparcidos en las sinuosidades de aquellas profundas i solitarias gargantas, en las cuales hasta el volido de las aves montaraces hace ruido e infunde recelo al caminante.

VI

Al caer la tarde del dia de su partida, el capitan chileno llegó con su destacamento a Cuevas, i observando que en ese sitio no habia comodidad para su tropa, en tan frijido clima i estacion invernal, resolvió estacionarse en el caserío de Sangra, (1) a tiro de rifle, mas al interior en el camino de Canta. Para guardar su frente i quedar en espedita comunica-

(1) *Sangra*, es palabra indíjena i su verdadera pronunciacion es SÁNGRAR.—N. del E.

cion con Méndez i con Letelier,—los dos jefes de que dependia—dejó en Cuevas uno de sus jóvenes sarjentos, un hijo de Valparaiso llamado Jerman Blanco, al cargo de quince soldados; i con los 52 restantes tomó posesion de la estancia de Sangra, hacienda de montañas i de crianza de no pequeña valía.

VII

El caserío de Sangra, rodeado de corrales de piedra para el ganado i los arreos de mulas o de llamas que allí alojan, camino de Junin o de Canta, ofrecia una buena posicion militar, porque hácia un lado del angosto camino real existia una bodega de piedra rústica, cubierta con techo de fornida calamina, i en la parte fronteriza, a cinco metros de distancia, se encontraban dos ranchos de paja i una pequeña iglesia inconclusa que tenia campanario, pero que carecia todavía de altar. No léjos de allí yacia tambien al pié de una abrupta caída de agua que se desprende bulliciosa de la alta sierra, un *trapiche* que en otros tiempos sirvió para el beneficio de los metales de los panizos arjentíferos de Cuevas, i que ahora, como todas las cosas del Perú, estaba de para.

Encontrábanse todas estas construcciones mas o ménos agrupadas en una pequeña planicie o ribazo de la quebrada que apénas tendria dos cuadras de cabida. Dominaban la meseta i el caserío en todas direcciones altísimas cimas que amenazaban despeñarse sobre aquel agreste oasis, i lo protejian medianamente contra las inclemencias que allí tienen, a 13,000 piés de elevacion, su perenne trono de sorche i nieve, de puna i horror.

Elijó el capitán Araneda con ojo de soldado la bodega de calamina para cuartel, i se posesionó de los ranchos i de la iglesia fronteriza para dar mayor desahogo a su tropa. Por lo demás, no había encontrado en la solitaria estancia del coronel Vento, refugiado en Canta, ni un mueble, ni un utensilio de cocina, excepto un calabazo de ají..... ni más ser viviente que una india anciana i casi inválida, bruja o evocación de aquel hórrido i silencioso páramo de las montañas.

VIII

I una vez orientado de su azarosa i aislada situación de vanguardia, el sereno e inteligente capitán tomó sus precauciones de guerra con acierto.

Por uno de los diputados civilistas de Canta que por esos días bajaba a cantar en coro en el congreso de García Calderón, supo el caudillo de los *buines*, el mismo día de su instalación en Sangra, que estaba rodeado de fuerzas pierólistas, i se preparó para recibirlas a todo evento, si el comandante Letelier tardaba en hacer su aparición por el rumbo en que se le esperaba, que era el del oriente.

Para este fin proporcionóse, con ardidés de guerra, una abundante provision de municiones, desenterrándolas de cierto paraje en que los fujitivos de Miraflores dejáronlas escondidas dentro de un saco i de una olla, i se proveyó de un buen número de cabezas de ganado para su sustento. Dos o tres días después de su arribo, 800 carneros pacían tranquilamente en la vasta planicie que ya dejamos descrita. Los *buines* se mostraban contentos i comenzaban a engordar después de las penurias. Sacando sus cuen-

tas como «Juan Soldado», en los dedos de la mano, calculaban que a cada uno correspondia por lo ménos diez carneros de racion durante la temporada o el arreo.....

Por lo demas, el pequeño campo estaba bien guardado por centinelas avanzados en la direccion de Canta, único desfiladero abierto a una asechanza.

IX

Más que en estas precauciones confiaba, sin embargo, el capitan Araneda en sus *buines*, en sus jóvenes oficiales i en sí mismo. De los últimos tenia a su lado tres subtenientes que habian hecho con honra la campaña del Buin, i se llamaban Ismael Guzman, natural de Concepcion; Eulojio Saavedra, oriundo de los Andes i José Dolores Rios, hijo de don José Miguel Rios, antiguo capitan de milicias de Collipulli. Eran los tres mozos de hígados, i de tan cortos años que juntos no habian vivido de seguro los dias de un hombre de madura edad.

Los soldados con raras escepciones, eran mozos, i entre ellos descollaba una sola barba gris, la del veterano Oliva, fundador del Buin.

X

Para completar el escalafon de aquella pequeña banda destinada a inmortalizarse por una proeza digna de eterna nombradía, habremos de mencionar todavía a dos niños de corta edad que la acompañaban. Era uno de éstos el corneta de la compañía, un muchacho natural de Osorno llamado Avila, que a la



Los cuatro oficiales del Buin que pelearon heroicamente en Sangra (1)

edad de doce años llevaba en su cartuchera un diario escrito de sus marchas i faenas, pábulo de curiosidad, de admiracion, i aun de burla para sus rudos compañeros de armas. Era un aprovechado estudian-

(1) De estos cuatro heróicos oficiales, sobreviven los Sub Tenientes don José Dolores Rios i don Eulojio Saavedra.—Rios fué reincorporado al Ejército en 1898, como Sub Teniente del Rejimiento «Lautaro», que a la sazón se organizaba en Los Angeles. Ascendido a Teniente 5 meses despues, se retiró del servicio en 1904. Reside en Collipulli.—Saavedra vive actualmente en Santiago.— N. del E.

te de la escuela superior de su pueblo, arrancado a la monotonía de su banco por el innato amor a las aventuras de la niñez i del chileno. Habria cumplido apénas la edad de la puericia, i era ya un veterano.

Su compañero de juegos en la compañía era un infeliz niño recojido en Casapalca por el capitán Araneda, o mas bien, quitado, a título de rescate, a una viajera peruana que decian era querida del coronel S..... i quien lo habia sacado de Lima como esclavo, a título de chileno.

Al descender del tren en Chicla, el pobre huérfano contó, en efecto, a los soldados chilenos con las lágrimas en los ojos, que su padre i su madre habian sido muertos a palos por los cholos i las cholas en las calles de Lima, i jemia ahora en calidad de siervo de aquella dama que iba a vagar por la sierra en demanda de sus amores. Compadecido de él, por su lastimera historia, su tierna edad, el capitán Araneda lo recobró de su colérica ama i lo agregó a su compañía, como para darle una madre i techo de fusiles, en reemplazo de la que a inhumanos garrotazos perdiera.

Tal era la jente de pelea acuartelada en Sangra el Domingo 19 de Junio.

XI

En cuanto a su jefe, dos líneas breves como su existencia, aceradas como su alma, altivas como su frente i su penacho, bastarán para darle a conocer ántes de la jornada en que, junto con su fama, comienza propiamente su vida.

El capitán don José Luis Araneda es hijo de Chillan Viejo. Nació el 25 de Agosto de 1848.

Educado durante su niñez en el Liceo de Chillan, sentó plaza de soldado en el 7.º de línea, como muchos de sus camaradas de aula, cuando ocurrió el llamamiento a las armas por la agresión de España.

Tenia por aquel tiempo el capitán Araneda 17 años, i desde entónces, de etapa en etapa, ha formado su carrera. Subteniente en 1871, pasó al Buin por canje en 1874, i cuando estalló la guerra era teniente de la compañía que mandaba en Collipulli su actual coronel i a la sazón capitán don Juan Leon García.

Hallóse el capitán Araneda en el desembarco de Pisagua; i allí fué herido en una mano. No sirvió este daño de obstáculo para que, llegando de los primeros a la cumbre, hiciera 45 prisioneros que entregó a su jefe (1), como trofeo del Buin en la pelea.

Después, presente en Tacna, en Arica i en Ate, mandó en la célebre carga de su cuerpo sobre las líneas de San Juan la segunda compañía del segundo batallón, i allí como todos sus compañeros, de tambor a jefe, se cubrió de gloria, descerrajando la línea de resistencia del enemigo i abriendo ancho portillo al paso de la victoria, como en Pisagua.

XII

Tal, formada de un solo rasgo, habia sido la vida del capitán de Sangra hasta el momento en que, por

(1) El Teniente Coronel don Luis J. Ortiz, mandaba en Jefe al Regimiento Buin N.º 1, que en el desembarque de Pisagua se cubrió de gloria por su brillante actuación.—N. del E.

sostener las columnas con que Letelier vagaba en la sierra, fué destacado con su compañía a Chicla.

En aquel lugar habia dado a conocer, sin embargo, la fiera determinacion de su carácter en una noche de inquietudes que trajo turbado al cuartel jeneral de Lima. Decíase que Matucana habia sido asaltado por los montoneros, i el telégrafo de esa oficina no contestaba a ningun llamado de apremio. Pero la línea seguia en comunicacion con Chicla, e interrogado por el jefe de Estado Mayor sobre lo que acontecia, telegrafió el capitán Araneda durante toda la noche exijiendo se le permitiese descender con su compañía sobre la posicion que se juzgaba perdida, para recobrarla. Felizmente la mudez del alambre de Matucana provenia de una partida de placer que aun allí habia ido a tentar al telegrafista i al jefe de la guarnicion de Chile en esa aldea histórica, célebre por sus almuerzos, sus misas de gracia i sus descuidos...

XIII

Hacia entretanto una semana que el capitán Araneda se hallaba acantonado en Sangra con su pequeño destacamento i la division Letelier no llegaba. Era el Domingo 26 de Junio, dia de solaz, dia de descuido i nada parecia anunciar próxima novedad de guerra entre aquellos agrestes, olvidados, eternamente silenciosos desfiladeros. A la pregunta de los centinelas, los raros viajeros que por allí pasaban, respondian con voz trémula que eran jente de paz i que nada sabian, por lo mismo, de las cosas de la guerra.

XIV

A virtud de esta misma confianza, el capitán de la guarnición de Sangra había despachado aquella mañana muy de madrugada hacia las dereceras de Canta una partida de cuatro soldados, un cabo i un arriero, al mando del joven sarjento don Zacarías Bisibinger, hermano de un capitán del Buin del mismo apellido suizo o alemán, con el objeto de procurarse algunos víveres que comenzaban a escasear, cuando de repente apareció en el patio del caserío, empapada de sudor i jadeante la mula que montaba el arriero i que ahora llegaba sin su inmolado jinete, como para dar intelijente aviso de la celada en que había caído.

XV

Noticiados, en efecto, el 24 de Junio, por uno de sus espías, los jefes militares de Canta i entre estos el coronel Vento, (1) el coronel Antay (2) i el subprefecto de aquella provincia andina don Emilio Fuentes, de la ocupación de Sangra por un corto destacamento chileno, habían partido en número de varios centenares en la tarde de ese mismo día o en la mañana del siguiente, resueltos a asestar golpe de muerte i seguro a aquel puñado de odiados invasores. La circunstancia de ser *buines*, era un peligro, pero ¿no era también una tentación?

(1) Coronel don Manuel de la Encarnación Vento.

(2) Coronel don José Simón Antay.

XVI

Traian probablemente los jefes de Canta ánimo de librar el asalto a media noche para mejor lograrlo, pero la súbita e inesperada presencia del destacamento de Bisibinger que iba hácia ellos, evitó aquel riesgo para los nuestros a costa del sacrificio de sus exploradores. Hasta hoi nada se ha sabido de la suerte de aquellos desgraciados, (1) escepto por la singular aparicion de la fiel mula chilena en el patio del case-río de Sangra.

Cuando esto sucedia era la una de la tarde del Domingo 26 de Junio (1881), i al instante mismo el jóven capitan chileno comprendió que iba a ser envuelto i atacado por fuerzas diez o doce veces superiores. De otra manera, bien lo sabia él, los peruanos de Chorrillos no habrian marchado de día claro al encuentro de los *buines*.

XVII

Con la separacion del pequeño destacamento del sarjento Bisibinger, la fuerza de combate de Sangra habia quedado reducida a 46 hombres, i los asaltantes pasaban de 600 (2).

(1) Otras noticias dicen que de este destacamento escapó un soldado de apellido Reyes, el cual fué tomado prisionero, i algunos años más tarde volvió a Chile.—N. del E.

(2) El coronel Vento conoció en Lima a un oficial del Buin i despues de elojiar el heroismo del Capitan Araneda en el combate de Sangra, aseguró que el número de asaltantes—fuerzas que él mandaba—subian a cerca de tres mil, entre soldados de línea, montoneros e indios de la sierra.—N. del E.

Arrojándose de asalto sobre la asémila tan a tiempo aparecida, corrió el jefe del destacamento a la primera eminencia en que se hallaba apostado un centinela, a fin de contar al enemigo i allí se persuadió que, para cumplir su deber de soldado chileno, no le quedaba sino un camino que elegir:—el de morir matando.

I esto fué lo que, regresando de prisa a su cuartel, comenzó a poner por obra.

XVIII

Con la serenidad estóica de quien ha tomado una resolución suprema, el capitán Araneda dispuso su tropa para la desigual i terrible pelea, determinado a dejar el nombre de Chile tan alto como las cumbres en que iba a combatir. Instaló al bravo subteniente Guzman con doce hombres en torno a la capilla, diez o quince metros a la derecha, i con los treinta i cuatro *buines* que le quedaban, rodeó el corral de mulas que servia de patio a los ranchos pajizos del caserío; convirtiendo así su posición en un pequeño campo atrincherado. El cuartel de calamina quedaba por de pronto abandonado, camino de por medio.

Era la una de la tarde, i en esa situación se rompió el fuego por los asaltantes, que habian formado con su inmensa hueste un círculo completo en derredor de la planicie i el caserío. I tanta era ésta desde el primer momento, que habiendo acertado el capitán chileno a despachar uno en pos de otro a dos valientes soldados, en lugar de *voladores*, para dar la alarma al sarjento Blanco en Cuevas i al comandante Méndez en Casapalca, los dos fueron muertos, en-

vueltos en un torbellino de balas. Un tercero ofrecióse entónces, voluntariamente al sacrificio, i éste, agazapándose por entre los raquítricos matorrales de la sierra, a guisa de culebra, logró llegar a su destino. Era un muchacho arribano llamado *Nemesio Ibarra*, valientísimo soldado.

Con estas bajas, la tropa del capitán Araneda quedó reducida a 31 combatientes.

XIX

Trabada casi cuerpo a cuerpo la lucha, fué tenaz i sangrienta en su primera faz. Como familia de leopardos acosados por inmensa manada de negros jabalíes, los *buines* hacían frente por tres costados a los asaltantes, i comprendiendo que su única salvación se cifraba en la demora para dar lugar al refuerzo, apuntaban con calma para no perder sus balas en la masa que, con aullidos anticipados de victoria i de venganza, los acosaba.

Mas, como era inevitable, el número hacía por sí solo su efecto, i una hora despues de empezado el fuego, veinticinco de aquellos bravos yacían ríjidos en sus puestos. Algunos habían recibido hasta tres o cuatro balas en diferentes miembros de su cuerpo, pero sin siquiera vendarse ni restañar su sangre, tendían el fusil sobre el parapeto i con desfallecidos brazos pero corazón de bronce, continuaban peleando hasta morir!..... El capitán Araneda i sus dos subtenientes Ríos i Saavedra estaban en todas partes, alentando con su ejemplo aquel grupo de leones, es decir, de *buines*. Cada cual había empuñado el rifle

de los que habian muerto, i los tres oficiales peleaban como simples soldados.

XX

Eran las cuatro de la tarde i un rayo de esperanza atravesó el cansado pecho de los bravos.

Hácia el lado de Cuevas sintióse de improviso un fuerte tiroteo.

¿Qué sucedia?

Era el noble i animoso sarjento Blanco que llegaba, avisado por Ibarra, jadeando cerro arriba, con sus quince compañeros al socorro de los suyos. Pero, rodeado a su vez por la engreída turba peruana i peleando en campo abierto contra jente parapetada, fué aquel valiente obligado a batirse en retirada, dejando a no pocos de sus soldados en el campo.

XXI

Los que peleaban dentro de las pircas eran en ese momento sólo dóce, como los de la fama, pero aun rechazado el débil socorro de Cuevas, quedábales un punto de apoyo en el destacamento del alférez Guzman, que defendia bizarra i porfiadamente por su derecha, la fuerte posicion de la pajiza iglesia del coronel Vento.

Mas los peruanos que, minuto por minuto, iban estrechando el cerco, lograron prender fuego a la techumbre de su propio templo; i a fin de no perecer entre las llamas, el intrépido mozo penquista que allí mandaba, se abrió paso por entre el humo i las lla-

mas con los ocho o diez hombres que le quedaban. I no pudiendo replegarse sobre Araneda porque se lo estorbaba el incendio, marchó hácia Cuevas reuniéndose con el sarjento Blanco un poco mas abajo de la quebrada i dejando sembrado de cadáveres de los suyos i de los contrarios su trayecto. Un soldado llamado Ahumada, que había sido bombo del rejimiento, cayó en el dintel de la capilla, i allí, a la mañana siguiente lo encontraron carbonizado...

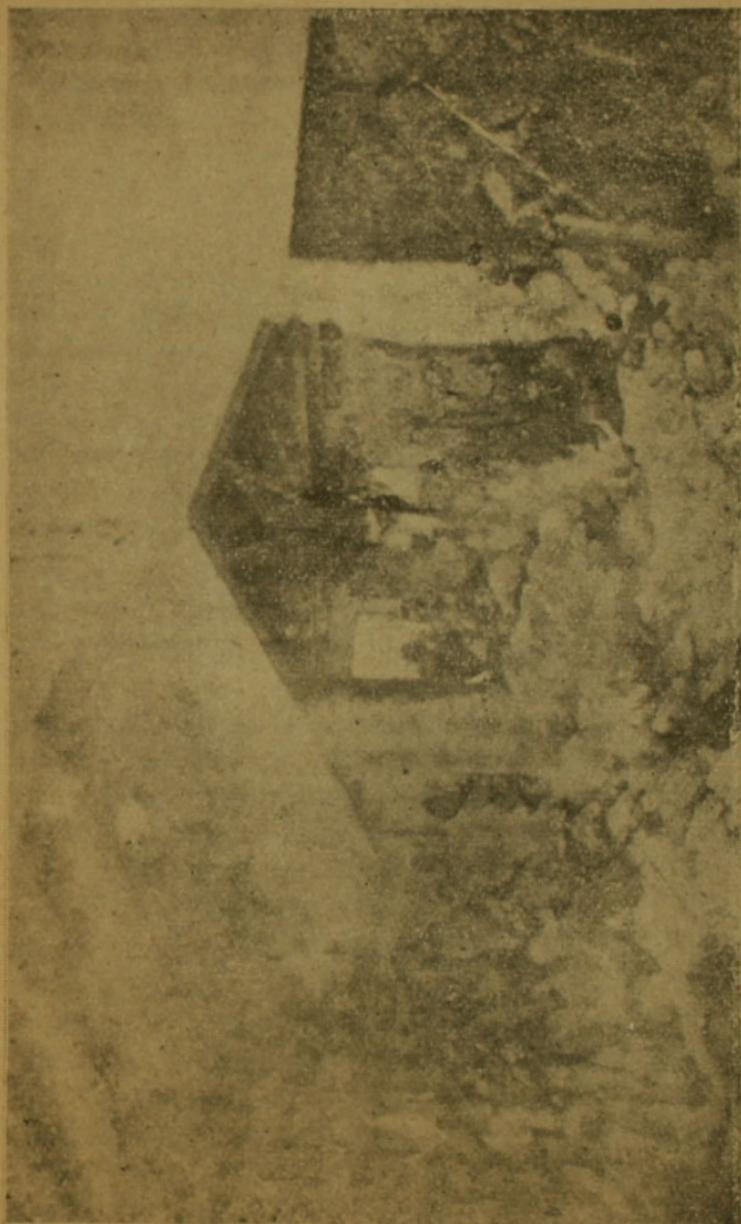
XXII

Comprendió entónces el impertérrito Araneda que se hallaba solo i sin esperanzas. Pero era cuestion de deber, es decir, de morir como chilenos, porque el saber morir es tambien parte esencial de la vida del soldado: i tranquilamente se resolvió a morir, como habian muerto Prat, Serrano i Aldea..... los semidioses.

Doce soldados ennegrecidos por el humo lo rodeaban todavía a manera de fantasma, i los heridos se arrastraban por el suelo clamoreando con desesperadas voces, pidiendo agua i venganza, desaciéndose de los muertos que en el estrecho recinto formaban ya un monton..

El cuadro era terrible, pero la resolucion de todos i de cada uno, incluso los dos niños de la compañía, el corneta i el esclavo redimido, parecia inquebrantable.

—*Al cuartel!* muchachos, gritóles entónces con voz enronquecida su valeroso jefe, i desalojando las pircas i los ranchos, i llevando cada sobreviviente su



rifle en una mano i un compañero herido apoyado en su brazo libre, los doce retrocedieron unos cuantos pasos i se encerraron en el galpon de calamina como dentro de una tumba. «Acosados entónces, dice el parte de los peruanos datado en Canta el 28 de Junio, por nuestros fuegos, abandonaron sus trincheras refujiándose en las habitaciones de la casa, por cuyas puertas disparaban sin cesar sobre nosotros, obligándonos a incendiar la techumbre que era de paja, para rendirlos.»

XXIII

Orgullosos los asaltantes con su éxito, i creyendo terminada la jornada, tocaron en esos momentos alto al fuego, i acercándose a los parapetos comenzaron a intimar rendicion a los postreros *buines*, miéntras los mas cobardes de entre ellos se cebaban en los heridos que por su postracion no habian podido retirarse. A uno de éstos, llamado Pedro Cáceres, le machacaron el cráneo a culatazos, i en seguida a manera del cruel Boves de Venezuela, le cortaron una oreja para ponérsela de escarapela en su kepís..... Los que esta felonía ejecutaban eran indios, porque el bravo soldado, que conservaba todavía sus sentidos i se finjia muerto, no entendia la algarabía de su lengua cuando le despojaban de sus prendas, especialmente de su corbata azul, distintivo del Buin en la campaña. El heroico *pilon* así ultimado, era natural de las provincias del sur, madera de roble pellin con corteza de hombre; i a la manera de los robles que el leñador ha incendiado despues de tron-

charlos i que mas tarde echan brotes i reverdecen, así sobrevivió.... (1)

XXIV

Entre tanto los guerrilleros de Canta festejaban ya su victoria, i encaramados sobre los maderos del campanario que habia resistido a las llamas, repicaban su victoria a fuer de indios. De cuando en cuando oíanse gritos de *¡ríndanse chilenos!* I como si la bravura tuviera un imán misterioso e irresistible aun para las manadas de salvajes, escuchábanse mezclados con exclamaciones de *¡viva el Perú!* los gritos de *¡viva Chile!* *¡viva el Buin!* lanzados por los propios triunfadores.

XXV

El coronel Vento, hombre al parecer de ánimo levantado i patriótica resolucion, puesto que habia hecho incendiar su propia heredad, aprovechó aquella corta tregua de la victoria; i con voz tranquila, i dándose claramente a reconocer por su nombre i por su grado, invitó al denodado capitan chillanejo a rendirse.—«Capitan, díjole repetidas veces con el tono de una simple conversacion, pues los combatientes, como en el famoso armisticio de Miraflores, estaban al alcance de la voz i aun de los puños—capitan, usted ha cumplido ya con su deber, ríndase, que tiene la vida salva i todo jénero de garantías...»

(1) Agrega el autor que el valiente soldado Cáceres, llegó algún tiempo despues a Valparaiso en el vapor *Paita*, «sin oreja, sin ascenso i sin paga...».—N. del E.

XXVI

Reinaba en ese momento sepulcral silencio, el silencio de quien espera luctuosa respuesta; de suerte que cuando el subteniente Guzman, reunido ya al sarjento Blanco, descendia hácia Cuevas, creyeron ambos que todo habia concluido, i que sus denodados compañeros habian perecido hasta el último carbonizados por las llamas.

XXVII

El indomable Araneda hallábase entretanto demasiado irritado o demasiado ronco para contestar de viva voz, i haciendo silenciosamente señas al corneta de órdenes, ordenó sonar el toque de *a degüello* por única respuesta...

Heróico capitan chileno, salud a tí en nombre de la patria, del ejército i del Buin!

XXVIII

La brega comenzó entónces mucho mas cruda i mas terrible porque, como en el combate de Iquique, era a toca-penoles.

El capitan Araneda habia dividido sus doce hombres en grupos a fin de defender las dos puertas i las dos ventanas que del galpon de calamina abrian sobre el camino real, i léjos de cerrarlas, como lo habria ejecutado aun el mas bravo, ordenó mantenerlas de par en par abiertas. Un oficial mandaba cada grupo en la ancha tronera, i el corneta i su infantil

compañero se batian como los veteranos, rifle en mano. Los heridos se perfilaban para mejor morir a lo largo de la pared, i de aquellos labios amoratados i secos no se escapaba siquiera una queja para no desanimar a los que todavía peleaban.

Un tierno detalle.

Los mas de aquellos infelices pedian agua, i no la había; pero de improviso, el capitan Araneda se acerca a un rincon del aposento en que acostumbraba dormir el inmolado sarjento Bisibinger, i notó que al pié de una pequeña estampa de la Vírjen habia un jarro de lata que ostentaba uno o dos marchitos claveles silvestres de la sierra, homenaje de la fé que ora al heroismo que calla. El jarro contenía un poco de agua, i sirvió para humedecer las fauces de los mas estenuados por la agonía i el cansancio. ¿I, por ventura, de este sencillo episodio, los cronistas antiguos no habrian sacado pábulo apropiado i verdadero para entretejer la leyenda de sus renombrados milagros en las viejas guerras?

XXIX

El combate continuaba entretanto sin reposo. Los peruanos rodeaban el galpon que tenian por suyo, i envalentonándose los unos a los otros, se lanzaron por cuadrillas espesas a las puertas. Pero allí los detenía i los amontonaba el plomo implacable de los doce *buines* que con sus oficiales eran 15 i con los niños 17.

Comenzaba entónces para los asaltantes la faena de retirar sus muertos i sus heridos, i esta operacion se repetia hora tras hora, sin que se notara desfalle-

cimiento en los de adentro. A cada intimación de rendición el corneta Avila (que águila debió llamarse), empuñaba su clarín a una señal de su jefe, i el toque de cala-cuerda, grato al chileno, resonando entre aquellos agrestes picos habria parecido la palabra de Chile que llevaba en el fornido pico de los cóndores, fuera diciendo a sus émulos:—*¡No me vencereis!*

XXX

Cayó la noche, i la heróica defensa duraba ya seis horas. Habian ocurrido ya los peruanos a la tea, e incendiaron los ranchos que daban frente al cuartel para rendir a los *buines* por asfixia. ¡Vano intento! El aire se renovaba libremente por las anchas puertas i ventanas abiertas al camino i al combate, i a cada instante, al ruido de las descargas, seguia el marcial toque del clarín que hacia esperar en la victoria.

XXXI

Porfiados como indios cerriles, los asaltantes comenzaron entónces a amontonar fajina a las puertas para quemarlas, i en tal operacion vióse un rasgo de frío denuedo, que produjo alegre sensacion en los que peleaban. El viejo Oliva armó en la trompetilla del rifle su yatagan, i miéntras los cholos amontonaban de soslayo la totora encendida, junto a las puertas, él se las arrojaba inmediatamente a la cara, sacando su arma tambien de atraveso... Casi siempre la bufonada es parte integrante de la bravura en el alegre soldado chileno, en esto semejante al soldado frances... «roto» por *gaulois*.

XXXII

Cinco de los defensores de la última posición habían hasta ese momento sucumbido dentro del aposento, y eran las diez de la noche de aquel día, aniversario de San Pelayo, nombre de invicto adalid de nuestra raza.

El incendio alumbraba los hórridos farellones de la sierra con los rojizos resplandores de pira funeral, i por centenares de asaltantes que se renovaban en la brega, no quedaban en pié sino *Siete Chilenos*.

Pero los siete no se rendian!

No llegaba por ninguna parte el rumor del socorro.

Pero los siete no se rendian!

Eran siete contra setecientos, era uno contra cien.

Pero los siete no se rendian!

Peleaban a mil leguas de la patria, en suelo ingrato i odiado, en el cual hasta las piedras les aborrecían, cerniéndose como las nativas águilas entre espantosos i solitarios riscos.

Pero los siete no se rendian!!

Hacia tres horas que sin cesar se batian, a la luz del sol en las trincheras, de noche en los parapetos, a todas horas rodeados de las llamas del incendio, sin tregua, sin descanso, sin pan, sin agua, sin humano socorro, ni clemencia.

Pero los siete no se rendian!!

Los candentes rifles chirreaban en sus manos desollejándose las como áscuas; sus brazos crispados por la tensión, el coraje i la ira, comenzaban a desfalle-

cer por el cansancio; las municiones se agotaban; la vista de los heridos i de los cadáveres hechos monton, divisándose por entre los pliegues del burdo capote los rostros lívidos, los ojos cristalizados del amigo, del camarada i del hermano, presentaban en conjunto un espectáculo que habria infundido pavor a los héroes mismos de la leyenda antigua.

Pero los siete no se rendian!!

Gloria a su heróico, inflexible, nunca pagado ni siquiera reconocido desnudo!

XXXIII

Inventaron en tal coyuntura los peruanos el arbitrio de hacer forados para penetrar por los muros, como los Talaveras en Rancagua. Pero donde se sentia el sordo golpe de la barreta, allí iba certera bala, i un ail exhalado en la parte de afuera, probaba a los *buines* que no habian perdido su ejercicio en el tiro al blanco.

XXXIV

Convencidos de que era imposible penetrar por agujeros, a manera de ratones, tentaron los porfiados guerrilleros de Canta, en su apuro, ingeniosa, estrategia de pájaros, ensayando quemar o derretir el galpon de zinc para hacer llover sobre sus defensores una lluvia de aceite derretido.

Durante el dia habian saqueado a un pobre comerciante español que se internaba hácia la sierra con unas cuantas cargas de manteca, destinada a los minerales del interior; i despues de asesinar a doce de

sus arrieros, subieron sus cajones a la techumbre metálica del recinto i le prendieron fuego. Pero el líquido corria por las canaletas del zinc, sin causar mas daño que el intenso calor que sofocaba el estrecho espacio, *stadium* de fuego de tan tenaz heroismo.

XXXV

Sucedíanse entretanto pesadas las horas.

Era la una de la mañana. El combate habia durado doce horas, i los refuerzos no podian tardar en aparecer.

El coronel Vento tomó en consecuencia, una última medida de asalto i de desesperacion. Hizo subir al mas valeroso de sus voluntarios al techo del cuartel para arrancar una plancha, a fin de arrojar por el hueco todo jénero de materias inflamables, i conseguir por asfixia, lo que ni el plomo, ni el aceite hirviendo, ni el incendio al aire libre, alcanzaron.

La idea era feliz, pero los listos *buines* sintieron el rumor de alguien que andaba cauteloso por sobre sus cabezas, i con infalible puntería dirigida, mas por el oído que por el ojo, dispararon.....

—Un sordo bullicio siguió a la detonacion, i el cholo herido de muerte cayó rodando por el alero al suelo, hecha ya resbaladiza la techumbre por la manteca derretida.....

I cosa digna de ser notada, porque es propia de la índole del soldado chileno:—En medio de aquel cuadro espantoso de desolacion i de muerte, al sentir el pesado ruido del cuerpo del incendiario, que caia desplomado en el patio junto a las ventanas, cada cual prorrumpió en alguna injeniosa i alegre esclamacion

de regocijo, como si aquello no fuera una matanza atroz sino una cacería de placer.

XXXVI

Con el último i frustado intento de la calamina, los guerrilleros de Canta se desalentaron a fondo, i cesaron el fuego.

Parecíales a cada momento divisar entre los resplandores del incendio, los kúpis de la columna chilena que llegaba al socorro, i aunque vencidos i humillados, comenzaron a retirarse llevando a todos sus heridos i aun sus muertos, a guisa de indios. Entre estos iban tres oficiales cuyos nombres han conservado con elojio los boletines peruanos. Llamábanse Falcon, Patiño i Calderon; al primero lo habia derribado de un balazo el subteniente Saavedra, reconociéndolo entre el humo i las llamas por haberse terciado impávidamente al hombro su propio maletin de viaje, como trofeo de victoria i de saqueo.

A esa hora, el indomable i afortunado capitán Araneda sacó su reloj, i a la luz del incendio que todavía fulguraba, vió que su heroico triunfo habia comenzado a las dos de la mañana. Cuatro horas despues amanecía, i con la primera ténue luz del alba, hizo tocar la diana de los vencedores al valeroso corneta de Osorno....

El combate de Sangra, habia durado trece horas!

El graznido precursor de los cóndores habia sido escuchado en las alturas i el clamoreo del bronce matinal, repercutiendo en los espacios, era su eco....

Los chilenos habian otra vez vencido, i quedaban dueños del campo de batalla—siete contra setecientos.

XXXVII

Seis horas mas tarde llegaba el comandante Méndez que habia salido de Casapalca a la una de la noche con crecido refuerzo; i en medio de su indecible admiracion por aquel hecho de armas, ordenaba enterrar respetuosamente a los muertos miéntras que el cirujano Sierralta, hacia la primera cura a los heridos. Estos, en número de 17, llegaban el dia 29 de Junio a la estacion del puente Balta, en Lima, dejando un cadáver mas en el camino; miéntras el bravo entre los bravos del Buin se dirijia con sus siete sobrevivientes hácia Cuevas donde se parapetó durante algunos dias.

XXXVIII

Los peruanos, entretanto, orgullosos, sino de su éxito, de la matanza de los renombrados *buines* i con la escasa presa de sus rifles i uniformes recojidos en las trincheras, pidieron a su Asamblea reunida en Ayacucho, premios estraordinarios para los combatientes de Sangra, i entre otros *ascender* a ciudad la villa de Canta, para perpétua memoria de su hazaña. (Mocion Pastor, Tudela i Vento, del 10 de Agosto de 1881).

En cambio, el vencedor de Sangra i sus bravos compañeros acojidos con platónica admiracion por todos, chilenos i peruanos en Lima, recibieron el pago acostumbrado que en esta tierra olvidadiza suele tributarse a los que se baten i cumplen sublime deber en breña solitaria, sin testigos, sin corres-

ponsales, sin jefe en jefe i sin ministros en campaña.

.....

.....

.....

Pero no importa!

Porque, al ménos en el porvenir, la historia que hace la justicia nó de los galones sino de la gloria, al nombre de Sangra, que pocos pronuncian con correccion de ortografía, será dueño de añadir el de las Termópilas, i llamar al capitán chileno que allí perdió toda su tropa, con escepcion de siete, el «LEONIDAS DE CHILE».

B. Vicuña Mackenna.

